

REVISTA

04717
Gaumont

L. Gaumont Barcelona

Dirección telegráfica y telefónica:

CRONO



PASEO DE GRACIA, 66

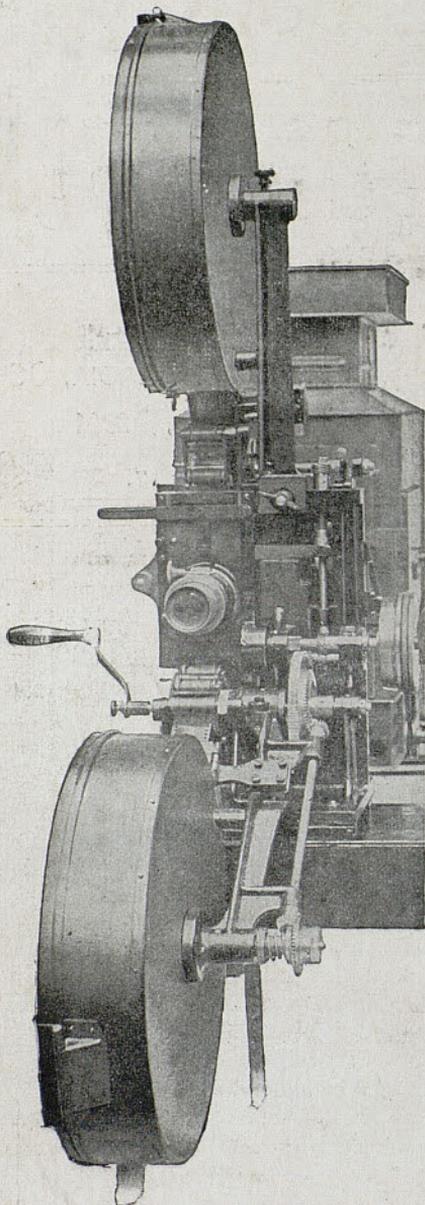
Teléfono, 2991

Sucursales { MADRID, Fúcar, 22, pral.
BILBAO, Colón de Larreátegui, 15 y 17.

UNA ESCENA DE LA PELÍCULA DRAMÁTICA



BAJO LA ZARPA

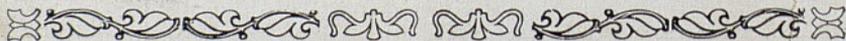


Aspecto del
Crono C.M.

Gaumont

CON SUS

Bombos
corta
fuegos



G
Vo
Ca
Za
Vic
Riv
Cha
NO

Variedad del Programa Gaumont n.º 1 D.

Cinematografía en color Gaumont

PANORÁMICA N.º 4117

04717

Excursión a los alrededores de Luchon

Largo 108, Color 103, Palabra telegráfica: LUCHON

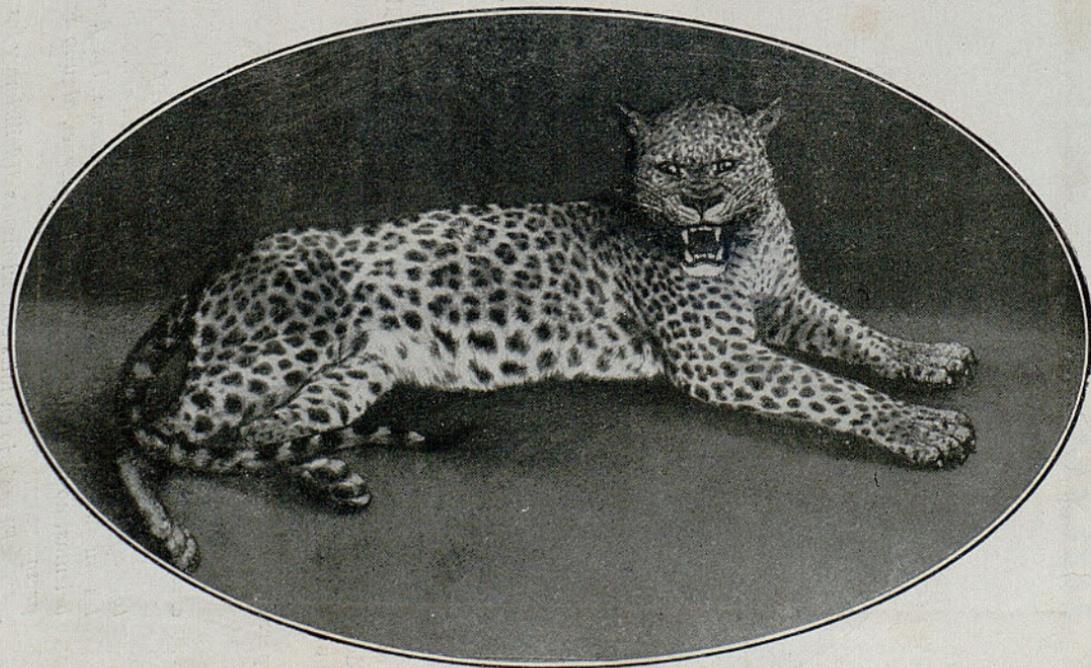
Palabra telegráfica	N.º de la película	TÍTULO Y ASUNTO	Metraje total	Metros en virajes	Cartel ó Ampliación	Pág.
Griffe	4090	Dramática Bajo la zarpa	648	538	Cartel 2'20X1'50	4
Voisivoi	4086	Comedia Entre vecinos anda el juego...	292	259		17
Caligarde	4064	Cómica Calino carcelero	146	177		19
Zanarque	4091	Cómica Minutiyo ha ido al Circo	87	77	Cartel	22
Vichy	4087	Documentaria Vichy y su método de cura	123	104		24
Rivale	4089	Dramática Las rivales	301	238	Ampliación.	25
Chaussure	4073	Documentaria La industria del calzado	158	127		29
ACTUALIDADES						
Gaumont Actualidades N.º 1						
Cuarto Año						

NOTA.—El metraje indicado para cada película es aproximado.

Bajo la Zarpa



BAJO LA ZARPA



BAJO LA ZARPA

Dramática



I

Tras largos años de trabajo y de lucha constante contra la adversidad había logrado el emigrante Arthur Warest comprar dos concesiones mineras, una en Deepfontain, en la Rhodesia meridional, en donde había establecido su domicilio y otra situada a cien millas hacia el Oeste, en las inmediaciones de Harrison City.

En esta última concesión los rendimientos no llegaban a compensar

ni con mucho los desvelos y sacrificios pecuniarios que a ella había dedicado, y cada carta que recibía de su Administrador Simpson le enteraba de una nueva contrariedad o desengaño.

Al atardecer de un caluroso día de fines de Agosto recibió una que superaba a las precedentes en cuanto a pesimismo. Decía así:

Desde su salida para Depfontain sufrimos una sequía excepcional.

La cosecha ha sido malísima y el ganado, falto de alimento, desfallece. Todos los días la fiebre perniciosa arrebata a uno de los nuestros, y como si esto no fuera bastante, las fieras, hambrientas, no cesan de atacarnos y de hacer en alguno de nosotros presa.

El trabajo en tales condiciones es difícilísimo y los hombres, desmoralizados, hablan ya de abandonar la concesión.

Su affmo. el Administrador, J. W. Simpson.

L. Gaumont



Una gran inquietud reflejóse en los rasgos enérgicos de Warest. Consultó a su esposa, abnegada compañera que había compartido con él los rigores de su azarosa existencia, y resolvió, en vista de su asentimiento, trasladarse a la concesión de Harrison City, a comprobar por sí mismo la veracidad de las manifestaciones de Simpson. Ensiló su caballo y se puso en camino, después de abrazar tíer. namente a su esposa.

II.

Era Simpson un individuo de poco simpático aspecto, que por lo demás no desmentía su rudo y brusco carácter y su forma de tratar a los hombres que tenía bajo sus órdenes. Era poco comunicativo, reservado y muy colérico. Solo se libraba de sus brusquedades y arrebatos un ganapán de siniestra facha, llamado Murray, que ocupaba en la concesión el puesto de capataz. Solo con él hablaba, y solo a él dejaba transparentar, en ocasiones, sus sentimientos por las resquicias de su cerrada alma.

No había exagerado Simpson en su carta a su amo, al hablar de las fieras que infestaban las cercanías. Y vino a confirmar lo escrito el ataque



L. Gaumont

del correo portador de la carta, al regresar a la estancia, por una pantera que acechaba su paso escondida en la intrincada maleza del camino, y que despedazó su cuerpo en un instante, con sus potentes garras...

* * *

Warest llegó a la concesión al día siguiente por la noche. Su Ad-



ministrador no tuvo con su visita una alegría excesiva. Lo recibió no obstante, cordialmente y le confirmó lo que en la carta le escribía, es decir, que la concesión daba mas penas y trabajos que rendimientos.

Warest dejó para la mañana siguiente su visita a la concesión. Se acostó, muy cansado del viaje a caballo a través de caminos casi impracticables, y lucía el sol ya muy alto en el firmamento cuando se levantó y fué va a visitar su propiedad.

Los mineros, en su mayor parte indígenas trabajaban sin convicción alguna, bajo los rayos abrasadores del sol africano.

Warest incansable revisó las obras, hizo observaciones aquí y allá, y por la tarde regresó a la estancia a dar cuenta a su administrador de sus impresiones. Pero cerca ya de aquella llamó poderosamente su atención un montoncillo de tierra de un color peculiar. Empuñó un pico y desme-

L. Gaumont

nuzó la tierra, muy arcillosa. De repente lanzó una exclamación de sorpresa. Recojó del suelo algunos pedruscos los examinó atentamente rascándolos con la uña y se alejó con ellos, pensativo, hacia la estancia, después de haber notado bien el lugar exacto en donde los había hallado.

El calor era asfixiante. Warest entró en la estancia esponjándose el



Pero apenas había acabado de leerla, cuando se precipitó a él Simpson...

sudor que abundante brotaba de su frente y de sus sienas. Su Administrador no había vuelto todavía. Sentóse a una mesa y se puso a escribir.

Varias veces tuvo que suspender su trabajo para llevarse las manos a la frente y comprimírsela como si sintiera que le fuera a estallar. El malestar fué invadiendo progresiva y rápidamente su organismo hasta el punto de aniquilarle toda voluntad e impedirle el proseguir escribiendo.

Cuando Simpson entró en la habitación media hora después encontró a Warest de bruces sobre la mesa, delirante, con una fiebre intensísima.

Llamó a su compadre y entre los dos lo acostaron en su cama. Murray, que había visto una carta encima de la mesa, así que tuvo las manos libres se abalanzó a aquella y la cojió. Pero apenas había acabado de leerla, cuando se precipitó a él Simpson como una fiera, intentando arrebatársela de las manos.

Los dos hombres se midieron un instante con la vista, prontos al

L. Gaumont

ataque. Pero Murray con cínica sonrisa tendió la carta a Simpson y la releyó por encima de su hombro.

«—No me he equivocado—decía la carta—desde esta tarde tengo la certeza absoluta de que se trata de un yacimiento aurífero paralelo al Gold Tree...»

Simpson se llevó un dedo a los labios.—Guardemos para nosotros solos este secreto, y repitió mas bajo como si temiera que Warest, que desvariaba a pocos pasos de ellos, presa de intensa fiebre, pudiera oírles:—Solo nosotros aprovecharemos el secreto. Murray asintió, y los dos cómplices se acercaron a la cama a observar con ávida mirada los progresos del mal que se enseñoreaba en aquellos instantes en el robusto organismo de Warest.

* * *

La fiebre perniciosa abatió a Warest en pocos días. Su Administrador fué a comunicar la triste nueva a su desdichada viuda, y le aseguró, con hipócrita emoción, que continuaría con el mismo tesón que hasta entonces, la obra comenzada por el difunto. La viuda agradeció al Administrador sus buenos sentimientos, y éste volvió a la concesión.

III

Pasaron algunas semanas desde el fallecimiento de Warest. Un día su viuda recibió de Simpson la oferta siguiente:

Desde la muerte de su marido los negocios de la explotación no son muy boyantes. Sin embargo como no quiero abandonar una empresa de la que soy uno de los principales obreros, estoy dispuestto a comprarle, al contado, terrenos y materiales, por la suma de MIL QUINIENTAS LIBRAS.

Dudo que puedan ofrecerle condiciones más ventajosas.

Simpson mentía descaradamente. El descubrimiento hecho por Warest el mismo día en que cayó víctima de las fiebres había dado un impulso poderoso a la explotación.

La Viuda de Warest, mujer de firme y voluntarioso carácter hizo infructuosa la tentativa de los dos malandrines, respondiéndoles:

Las condiciones que me ofrece son inaceptables. He resuelto por otra parte hacer valuar la concesión de una manera completa y solo después de esta operación decidiré lo que menester sea. Suya affma.—Berta de Warest.

Casi al mismo tiempo que la carta recibió Simpson la visita de Berta

L. Gaumont.

de Warest, acompañada de Jack Morton, fiel colaborador y amigo de su marido.

Simpson, contrariado, celebró consejo con su compinche Murray. Era preciso a todo precio ocultar a la mujer de Warest y a su amigo la existencia del filón. Luego dejarían que las cosas siguieran su curso y aprovecharían la primera ocasión que se presentara para llegar a sus fines. Murray corrió al lugar de los trabajos del nuevo filón, lo hizo abandonar por los obreros y mandó a éstos, bajo severas penas, no divulgar a nadie su existencia.

IV

Hacía cinco días que Berta Warest se hallaba en la estancia con Jack Morton, dedicado a inventariar y valorar minuciosamente las distintas dependencias de la concesión, cuando recibió Simpson la carta siguiente:

Señor Administrador: Siento tener que notificarle de nuevo la pérdida de uno de sus hombres en Victoria. No pasa noche sin que las fieras ataquen el campamento y anoche el pobre Davies, el guarda de la estancia fué devorado por una pantera dentro mismo de la habitación, cuya puerta dejó por un fatal descuido abierta. Jordaens.

Jordaens era el capataz encargado de una dependencia, compuesta de un cortijo y anejos sita a algunas millas de la concesión, de la cual formaba parte. La casa había sido habitada un tiempo por Simpson, pero como caía algo lejos de la explotación y los caminos eran cada vez mas inseguros y peligrosos, por las correrías de las fieras que infestaban el país, la había abandonado desde hacía bastante tiempo.

La lectura de esta carta sugirió a los dos bandidos criminal idea. La de hacer penetrar una fiera dentro de la estancia Victoria, empresa no muy difícil y que allanaba mas aún la muerte del pobre Davies, y una vez conseguido esto atraer a la mujer de Warest a la casa deshabitada... Lo demás correría a cargo de la fiera, no tan fiera, sin embargo, como los que osaban servirse de ella para instrumento de sus planes inicuos. Esta segunda parte no era ya tan fácil, pero con un poco de astucia esperaban no obstante llegar a realizarla.

Murray montó a caballo y se dirigió a la hacienda de Victoria. Valiéndose de polluelos y cabritos como cebos, que colocó en lugares propicios, le fué fácil atraer a una pantera hambrienta, que por los alrededores merodeaba, hasta las tapias de la casa. Saltar a ésta por encima de la cerca fué para el animal sencillo juego.

L. Gaumont

Murray, al ver realizado su intento volvió a montar a caballo y volvió a rienda suelta a la concesión.

Simpson entre tanto, desfigurando su letra, había dirigido una carta a la viuda, que ésta encontró momentos después, extrañada, encima de su mesilla de noche. Decía lo siguiente:



Las condiciones que me ofrece son inaceptables...

El Administrador esconde en su estancia de Victoria algunas cantidades de mineral que piensa distraer del inventario. Vaya sola a dicha casa, bien entrada la noche, entre en ella por la puerrecilla trasera, sepa esperar y el conocimiento de cosas que le atañen recompensará su paciencia.

Uno que está bien informado.

Al ver que nadie firmaba la esquila, Berta de Warest la estrujó entre sus dedos y la tiró al suelo. Pero se rehizo y cambió de idea: Desde hacía algún tiempo no le parecía muy clara la conducta de su Administrador, y en cierto modo la oferta que había motivado su viaje confirmaba sus sospechas. Decidió pues cerciorarse por sí misma de la veracidad del hecho denunciado por el anónimo, y con la impulsión reflexiva que era una

L. Gaumont

de sus cualidades dominantes, ensilló el caballo y se dirigió a rienda suelta a Victoria.

Murray, que entretanto había vuelto de su expedición guiñó el ojo de harto expresivo modo a su compinche, muy entretenido en jugar a cartas con Morton: sentóse al lado de éste y tomó parte en el juego, no sin antes haber llenado varias vasijas de vino.

V

Berta de Warest llegó a la estancia bien entrada la noche. Se introdujo por la puertecilla trasera y se encontró dentro de la casa, oscura y silenciosa.

Atravesó el granero, subió dos escalones y se halló en un gabinete de rústico mueblaje. Iba a seguir mas adelante, cuando un ruido extraño le hizo volver precipitadamente la cabeza.

Un estremecimiento de terror agitó todo su cuerpo. En la habitación vecina, a pocos pasos de ella, se recortaba sobre el fondo negruzco de la habitación la silueta magnífica y terrorífica al mismo tiempo de una pantera. Había venteado dentro de la habitación una presa, y a ella había llegado después de atravesar un sinnón de aposentos y de saltar por encima de toda clase de obstáculos. Como recreándose del terror que a su visita experimentaba su víctima, asestaba a ésta los rayos fosforescentes de sus dos ojos redondos y brillantes...

Berta de Warest lanzó un grito estridente que resonó y repercutió lugubrementemente en la casa vacía, y sintiendo que el miedo ponía plomo a sus piés se lanzó a correr a través del dédalo intrincado de habitaciones.

Varias veces la pantera la derribó al suelo de un zarpazo e intentó hundir en sus carnes su leonada cabezota: otras tantas veces se escapó ella, con sobrehumano esfuerzo, del abrazo de muerte, y desengrándose, desgarradas las carnes, seguía su carrera por la casa, sintiendo a su espalda el hálito ardiente de la fiera.

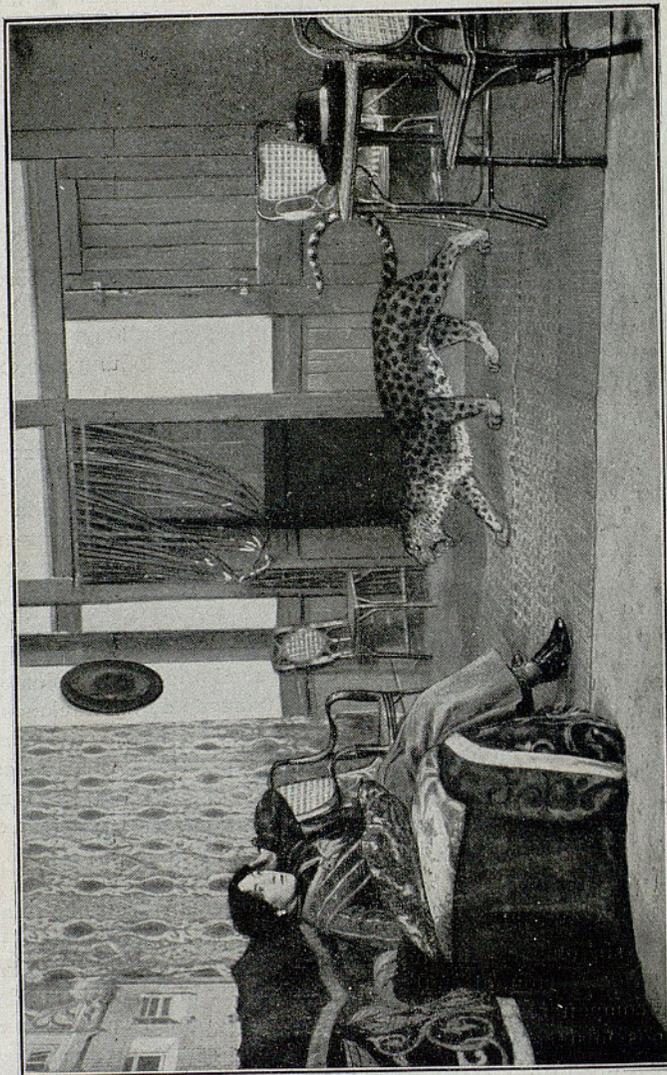
* * *

Jack Morton jugaba entre tanto con los dos compadres, que se afanaban con una obsequiosidad nueva en ellos, a tener su vaso siempre lleno.

Llegó sin embargo un momento en que una sospecha cruzó rápida por la mente de Morton, el cual se propuso vigilar los gestos y movimientos de sus compañeros de juego. No tardó en sorprender entre ellos miradas y signos misteriosos. Una partida más interesante que la suya debía jugarse afuera, pensó. Y rechazando bruscamente el vaso de vino que le tendía Murray, levantóse de la mesa y corrió a los aposentos de la viuda. Esta no se hallaba en ellos. Al salir de la alcoba reparó en la carta estrujada, que había dejado Berta de Warest encima de la mesa, al salir de la

L. Gaumont

estancia; la alisó y leyó. No le quedó ya ninguna duda. Era aquel un lazo y la viuda de Warest había sido víctima de él, sin duda alguna.



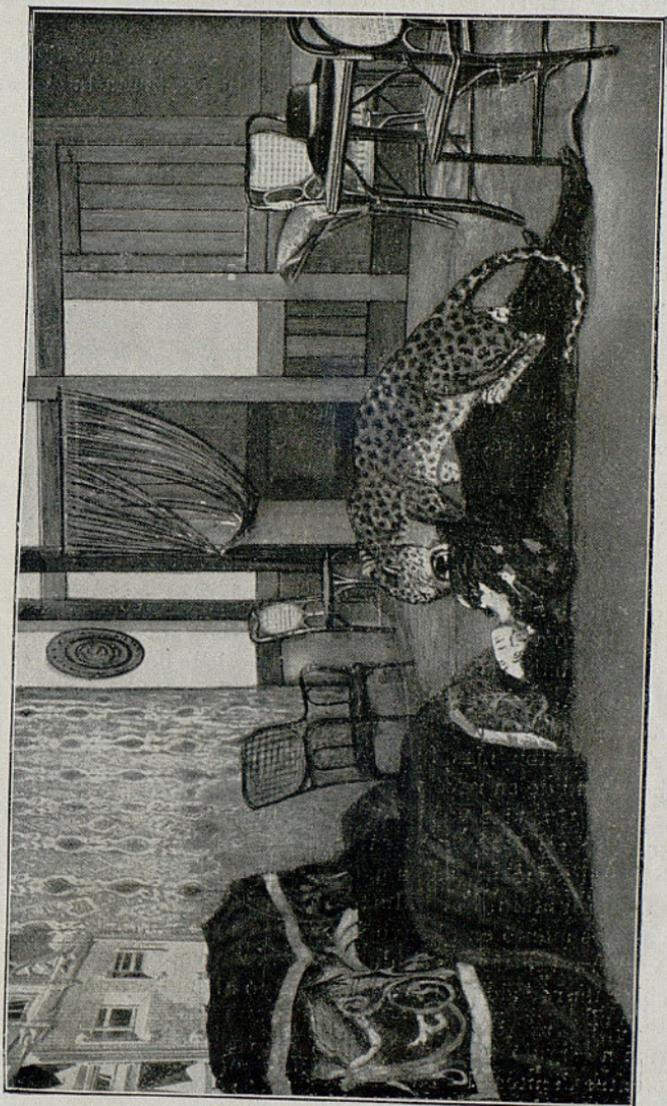
...asestaba a ésta los rayos fosforescentes de sus dos ojos redondos.

Pasó como un vendabal por entre los dos cómplices, aturdidos, los rechazó brutalmente, montó a caballo y se alejó a rienda suelta en dirección a la estancia.

L. Gaumont

Llegó a tiempo.

La desdichada mujer, perseguida siempre por la pantera había lle-



Varías veces la pantera la derribó al suelo e intentó hundir en sus carnes...

gado al desván de la casa, y había conseguido cerrar la única puerta que daba a él acceso, ante los hocicos mismos del animal. Pero el instinto de éste no tardó en descubrir un tragaluz que daba a la habitación en donde

L. Gaumont

se había refugiado su presa, y a través de la reducida abertura saltó a aquella, después de reiteradas tentativas.

Abalanzóse a Berta de Warest con bestial empuje, la derribó al suelo, hincó en su cuerpo dolorido sus zarpas de acero y buscó con su morro babeante su garganta. Pero la infeliz, con un gesto de inconcebible energía rechazó los ataques de la fiera y opuso a su fuerza bruta la de sus nervios en suprema tensión...

Iba a sucumbir en su desigual lucha cuando retumbó el estampido seco de un escopetazo. La pantera aflojó su brazo de muerte y cayó pesadamente sobre su víctima, desangrándose por un gran boquete abierto en su pecho por la bala explosiva de Morton.

El joven remató a culatazos la fiera y prodigó sus cuidados a la valerosa mujer, cuyas heridas por fortuna eran todas superficiales y de escasa gravedad.

Después de un día de descanso y de cuidados Berta de Warest manifestó el deseo de regresar a la concesión.

Morton la puso en caballo, montó él otro, y sosteniéndola por la cintura picó espuelas en dirección a Harrison City.

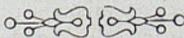
EPÍLOGO

Así que llegó a la concesión Jack Morton se dedicó a saldar cuentas atrasadas. Encontró a los dos bandidos en la habitación de donde cuarenta y ocho horas antes había salido para librar a la viuda de una muerte cierta. Simpson, a su vista, se levantó furioso de su asiento y se precipitó sobre él con los puños cerrados. Los dos hombres rodaron por el suelo; más su lucha fué breve. Morton más fuerte que su contrincante se desasíó de sus brazos, echó mano de su revólver rápidamente e hizo fuego. Simpson dió una vuelta sobre sí mismo y cayó pesadamente al suelo, herido de muerte.

Murray, presa del pánico salió corriendo al campo, saltó sobre el primer caballo que encontró a su paso y se alejó a todo galopar por la carretera de Deepfontain. Pero Morton, dispuesto a desinfectar el país de animales dañinos montó en el suyo y se puso en seguimiento del bandido.

La carrera fué de corta duración. Murray, alcanzado por certera bala, al doblar un recodo de la carretera cayó al suelo, y quedó en él sin movimiento...

Morton no siguió adelante. Volvió grupas y regresó a la estancia tateando entre dientes el «Yankee doodle».





Entre vecinos... anda el juego



Comedia

Una cerca medianera, y un antagonismo latente y persistente separaba a los dos vecinos. Ella, doña Eulalia vivía en compañía de dos sobrinas, tan traviesas como lindas. El, el vecino, un comandante retirado de genio desabrido, hospedaba a la sazón en su casa a dos sobrinos suyos, jóvenes estudiantes de vacaciones.

Un día el perro del comandante, desentendiéndose cínicamente, como es lógico, de las rencillas de los dos vecinos, entró en el corral ajeno y sembró el pánico entre la población gallinácea. La vecina, indignada, dirigió al comandante, a través de la cerca, reproches y reflexiones exentas de toda cordialidad. Sus dos lindas sobrinas hicieron con ella causa común y unieron sus exclamaciones a las de su tía. Los dos sobrinos del comandante acudieron entonces al ruido de las voces, y las muchachas, al verlos y comprobar que eran guapos y buenos mozos reprimieron sus ímpetus y lamentaron en su fuero interno sus hostiles manifestaciones para con un vecino que tan simpática gente albergaba.

Rafael y Manolo, que así se llamaban los estudiantes solo vieron del incidente las caras bonitas y los cuerpos gráciles de sus vecinas, y pusieron desde aquel momento a conquistarlas. No fue ello empresa difícil: las dos jóvenes allanaron todas las dificultades que hubieran podido oponerse a una primera conversación y este escollo salvado, fué testigo la cerca divisora de conversaciones deliciosas entre las dos parejas.

Una tarde el comandante y su vecina sorprendieron a un mismo tiempo los manejos amorosos de sus respectivos pupilos. Ellas y ellos recibieron con este motivo una repulsa mayúscula, y la orden terminante de cesar sus relaciones. Los novios decidieron entonces cambiar de táctica y hacer las entrevistas más fáciles y menos peligrosas. A este fin Rafael se puso el traje de Ana, la mayor de las dos hermanas, mientras ésta se disfrazaba con el traje del joven. Rafael, vestido de mujer, saltó entonces la tapia y se reunió con su novia Enriqueta, la hermana menor. Igual hizo Ana, vestida de hombre, reuniéndose, ruborosa, con su querido Manolo.

La vecina veía pocos instantes después a sus dos sobrinas absorbidas en un trabajo de costura. Satisfecha de que hubieran depuesto su culpable actitud, yendo a galantear con los sobrinos del odiado vecino, pasó de largo y se metió en la casa. El comandante hizo las mismas reflexiones al ver a sus dos sobrinos abstraídos en la lectura de un voluminoso libro de física.

Pero si hubieran podido ver ambos los abrazos y besos que se produ-

L. Gaumont

gaban cuando se hallaban solos, los estudiosos muchachos y las trabajadoras muchachas, otra muy diferente cosa hubieran pensado!

Un incidente imprevisto puso fin a esta situación idílica. Una gallina de la vecina cometi6 la imprudencia de penetrar en el corral del comandante. Este, furioso, fuera de sí, cojió una escopeta e hizo fuego en dirección a la gallina, cuando ésta transponía la cerca. Un grito agudo, de dolor, siguió a la detonación.



pidió, contrito, a su vecina la mano de una de sus sobrinas

Algunos perdigones perdidos habían ido a rozar la epidermis del sobrino del comandante, vestido de mujer. El infortunado rugía de dolor frotándose el sitio herido, mientras la muchacha con quien sostenía dulce conversación pedía auxilio aterrada.

El herido, pasado el primer instante de estupor juzgó muy comprometida su situación y se apresuró, vista la poca importancia de su herida, a volver a la casa de su tío.

Doña Eulalia llegó entretanto al lugar del suceso. Su sobrina fingió entonces haber recibido el tiro y acusó con ayes lastimeros al comandante de haber sido su asesino...

Los dos hermanos decidieron por su lado aprovechar la terrible situación en que su tío se había colocado. E imitando la letra de mujer, escribieron a aquel:

L. Gaumont

Muy Señor mío: Su escopetazo ha menoscabado gravemente la honra de mi sobrina.

Estimo pues que su deber de hombre digno y galante le dicta reparar su brutal acción, casando a mi sobrina con aquel de sus sobrinos que ella elija.

Le doy 24 horas para que haga su demanda.

Eulalia Recorchetez.

El comandante recibió esta carta: halló justa la demanda y acompañado de sus sobrinos, que reían socapa de la aventura pidió, contrito, a su vecina la mano de una de sus sobrinas para uno de sus sobrinos. Todo se arregló satisfactoriamente. La vecina concedió, no una, sino dos manos, y hasta se habló de demoler la cerca medianera, vestigio de un odio disipado, y de hacer de las propiedades una sola. Ignoramos si estos proyectos se realizaron más tenemos razones para suponer que sí, pues doña Eulalia se conservaba endemoniadamente fresca y el comandante, a pesar de sus canas, era recio y fuerte como un roble...



Calino, carcelero



Cómica

Calino se hallaba a la sazón de carcelero en la Prisión Celular de San Cucufate. Un día su Director, un tal E. Guilla tuvo que ausentarse y confió a sus manos la delicada misión de guardar el chalet.—Abre bien el ojo y cierra bien las puertas—le recomendó al marcharse.—Y sobre todo mucha severidad con todo el mundo.

El Director se fué, creemos que a comprar una partida de guillotinas de segunda mano, y Calino, orondo y engreído, ocupó su puesto. Lo primero que hizo fué llamar a su presencia a los dos guardianes más feroces e intransigentes del establecimiento, los llamados Manu y Militari, y darles una consigna severísima. Acaba de hacer esto, cuando se presentó a la verja de la prisión, un caballero de aspecto respetable acompañado de dos señoras algo entradas en años y en carnes.

Calino, sin preguntarles por el motivo de su visita, ordenó, feroz, que se incautaran de sus personas y los encerraran en un calabozo de lóbreguez bien acreditada. Los dos guardianes, sin hacérselo repetir dos veces, se apoderaron de los visitantes, los zarandearon y brutalizaron, y

L. Gaumont

los arrojaron por fin, después de una ducha higiénica, a un calabozo, si no muy lóbrego, abominablemente sucio.

No valieron a los desdichados ni protestas ni gemidos. Pasaron la noche en el calabozo como pudieron, y a la mañana siguiente, se vieron reducidos y obligados por los inflexibles carceleros, a las faenas más bajas y humillantes.



Abre bien el ojo y cierra bien las puertas, le dijo al marcharse.

Dos días después llegó el Director. Vió al entrar en el patio a tres sombras esqueléticas, harapientas, destrozadas, barriendo aquel en todos sentidos con movimientos desmañados... Se acercó a ellas, y al reconocerlas se llevó las manos a la cabeza, horrorizado:

—¡Cómo!—exclamó.—¡Usted aquí, D. Castor Eño de Badila y de Calderón y en este estado!.. ¡Y sus hijas Doña Simplicia y Doña Proserpina!.. ¡Oh, Dios!

Llamó a Calino y en términos indignados le hechó en cara su salvajismo. Había prendido a sus mejores amigos, a ilustres amigos de infancia... Calino, mostrando su grandeza de alma, descargó toda la culpa en

L. Gaumont

los guardianes Manu y Militari, que recibieron en el acto mismo, sendos latigazos administrados por el Director en persona.

Calino recibía aquella misma tarde la Nota de Servicio siguiente:
La próxima vez que trate usted a mis amigos de tal modo, le pondré en el arroyo

—¡En el arroyo!—exclamó compungido Calino.—¡Y yo que no sé nadar!..

Y asustado propuso mostrarse más perspicaz para lo sucesivo. Pero como no sabía quienes eran amigos y quienes enemigos de su Jefe, decidió tratar a todos con la más exquisita cortesanía.

Desde aquel día solo habló a los presos con la gorra en la mano y dándoles tratamiento. Una familiaridad encantadora reinó desde entonces en la cárcel, y los presos no tardaron en notarlo y felicitarle de ello.

El despacho del Director era muchas tardes centro de reunión de los pupilos del Chalet. Allí, alrededor de la tetera humeante, contábanse a veces los presos sus hazañas, adornando sus descripciones con abundancia de detalles y términos judiciales. Había uno que se jactaba de haber matado el hambre, de un solo golpe, con un pan de cinco libras. Otro decía haber estrangulado una hernia con la complicidad de un médico criminal. Otro relataba, con cinismo horrible, que cansado de ahogar sus penas con botellas de tinto ahogó a sus siete hijos arrojándolos a un mar de confusiones.

Calino gozaba oyéndolos, y los exhortaba a que no se molestaran en lo más mínimo, pues aquella casa era la suya.

Una tarde uno de los huéspedes del chalet, un tal A. Bartero, que allí se encontraba por un ligero pecadillo (había suprimido en un arranque de cólera a toda su familia compuesta de 9 individuos y una suegra) reparó en el brillante uniforme de Calino y pidió a éste, al desgaire, que se lo dejara poner. Nuestro amigo, obsequioso, no se lo hizo rogar dos veces, se quitó el uniforme, se lo dió al preso y se puso el que éste le diera.

Hecho el cambio y cuando Calino, embobado, se extasiaba en la vista del preso, verdaderamente chic con su nuevo traje, el infame criminal se abalanzó súbitamente a él, lo derribó al suelo, lo pisoteó en él salvajemente y se fué de la celda, cerrando, al salir, la puerta.

Cuando Calino volvió de su desmayo vióse cautivo en el calabozo, con el traje infamante del preso. A sus lamentos acudieron primero algunos carceleros y luego el Director. La cólera de éste no se manifestó ruidosamente. Frunció el entrecejo solamente y manifestó a Calino que ya que había dejado escapar a un preso no podría él dejar escapar la ocasión de hacerle ocupar su puesto.

Y se retiró gravemente con su comitiva dejando a Calino encerrado en el húmedo calabozo.





MINUTIYO HA IDO AL CIRCO



Cómica

El minúsculo Minutiyo había ido aquella tarde con sus padres al Circo Ecuestre. Allí vió, maravillado, al hombre-cañón en sus ejercicios de tiro; a una funámbula que andaba por el alambre como por su propia casa, y a un payaso de pintorrejeado rostro, con una boca breve como un buzón de correos, que le hizo reír «las tripas» según su propia expresión.

Una vez en su camita quiso él hacer las contorsiones y saltos que



el de Julia adquiría los tonos de una etíope de subido color.

había presenciado en el Circo. Mas con tan poca fortuna que el jarro de agua colocado encima de la mesilla de noche cayó en la camita y desapareció en las sábanas su contenido.

Julia entró en aquel momento, y mal pensada, atribuyó aquella humedad a una imperdonable incontinencia de Minutiyo. Juró y perjuró éste que era agua, agua solamente. Julia, inexorable, se fué a denunciar el he-

L. Gaumont

cho a la mamá, que no desaprovechó la ocasión de echar un regular responso a su heredero.

Minutiyo juró vengarse de la doméstica, y a la mañana siguiente ideó y puso en práctica un plan diabólico.

Se fué a la cocina, cojió un plato blanco y tiznó de negro la parte posterior, acercándola a la llama de una bugía.

En este momento entró Julia.

—Oye Julia—le dijo entonces Minutiyo.—¿Quiéles que te inotise?

La maciza Julia accedió de buena gana e hizo todo lo que le ordenó su microscópico interlocutor. Este la hizo sentar en una silla, le dió el plato embadurnado, cojió él a su vez otro limpio y se sentó gravemente frente a ella.

—¡Fíjate bien y has lo que yo haga!

Minutiyo cojió el plato delicadamente con la punta de los dedos y se lo acercó al vientre, volviendo la parte posterior hacia afuera. Hecho esto pasó por ella los dedos y se los llevó a la frente, a la mejilla y a la barba. Idénticas operaciones hizo Julia, solo que con un resultado distinto, pues mientras el rostro del hinoptizador no sufría variación alguna el de Julia adquiría los tonos de una etíope de subido color.

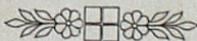
Minutiyo a renglón seguido se rompió el plato sobre la cabeza. Igual hizo la hinoptizada. En este instante hicieron irrupción en la cocina los padres de Bebé, atraídos por el ruido de la vajilla rota. Al ver la cara de Julia saltaron la carcajada.

—¡Jesús! ¡qué fantoche! ¿Está usted loca? ¿Por qué se ha embadurnado de ese modo la cara y se entretiene en romper la vajilla?

Julia se miró en un espejo, y al verse de tal suerte tiznada, comprendió de donde venía el golpe. E indignada, poseída de una cólera grande, como ella, cojió una pila de platos y la deshizo en el suelo...

Aquello colmaba la medida, y decidióse en el acto, tras de breve deliberación, dar a Julia la semana.

Y cuando Minutiyo salió de la cocina, acompañado de sus padres lanzó a la Maritornes una mirada de rencor y de venganza satisfecha. Aquello le enseñaría a no confundir los orígenes de las humedades!..





Un día en una gran Estacion Termal
Vichy y su método de cura



Documentaria

Vichy, ciudad de aguas, científica, mundana, situada en la llanura verdeante del Allier, abre sus parques, sus termas, sus institutos y su casino a la muchedumbre cosmopolita de enfermos que vienen a buscar en la acción bienhechora de sus aguas el secreto de una buena salud.



Para que sea eficaz el método de cura, tiene que seguirse éste puntualmente.

Vamos a ver la aplicación de este método, al cual debe consagrarse cada día el enfermo que desee obtener los mejores resultados.

Levantarse temprano para ir al Establecimiento termal y tomar un baño o una ducha, tal es la primera prescripción.

Pásase luego a la sala de Mecanoterapia, en donde están dispuestos los aparatos mas perfeccionados para dar a los músculos elasticidad y fuerza y hacer desaparecer todo dolor en las articulaciones.

Después, a las 10, según la receta del médico se va al Drink Hall... y se bebe el primer vaso de agua.

Excitado el apetito por los ejercicios de la mañana, el baño, la du-

L. Gaumont

cha, la acción digestiva y diluyente del agua y un largo paseo por las avenidas del Parque, diríjese uno a la mesa redonda del Hotel.

Después de la comida, la siesta. Momento agradable de amena charla o lectura de los periódicos.

Luego es preciso volver de media en media hora a los manantiales, en donde los mismos enfermos se encuentran regularmente.

Un poco de deporte, como el golf, tennis, esgrima, se impone, así con un gran paseo a los manantiales lejanos o a alguna de las numerosas curiosidades de los alrededores.

La cena tiene lugar generalmente a las seis de la tarde. Por la noche breve paseo, al Casino, un poco de música, y a la cama luego.

Sucede a veces que muchos enfermos prefieren más que estos consejos las emociones del baccarat y de la ruleta .. pero es mejor abstenerse de ello si se desea tener provecho completo de una cura en Vichy o en una estación termal.

LAS RIVALES

Drama

El matrimonio Villar invita a pasar algunos días a su lado, en la hermosa propiedad que posee en el Fontanar a los esposos Rogel. Estos llegan, se instalan en la casa de sus amigos y viven con ellos algunos días en simpática y tierna intimidad.

Soledad, la esposa de Rogel es una mujer guapa, esbelta, de sugestiva belleza y Manolo Villar, muy enamorado, no tarda en hacerle la corte. Su esposa, Juana, adivina la fascinación que en él ejerce su amiga sufre en silencio, alimentando hacia su rival un odio intensísimo.

Una tarde Manolo Villar y Soledad salen de paseo en automóvil. Juana espera ansiosa su vuelta y desde el gabinete cuya ventana da a la carretera examina ésta con unos gemelos. De pronto palidece. Un automóvil se acerca al castillo. Dentro de él distingue dos formas muy juntas, casi abrazadas. La distancia que va acortándose diseña los contornos y la desdichada contempla, dolorida, el espectáculo de su marido dando un beso a su falsa amiga!

Ambos entran a poco en la estancia, y Juana, sin poder reprimir su indignación, vuelve la espalda, despectiva, a su rival y entra en sus habitaciones a dar libre curso a sus lágrimas, lágrimas de despecho y de dolor.

L. Gaumont

Soledad, profundamente humillada de la actitud de su amiga escribe una carta a Villar, que ella misma va a llevar a su despacho al llegar la noche. Juana que espía todos sus movimientos ha visto la acción; penetra en el despacho de su marido así que su rival sale de él, se apodera de la carta y la lee:



y Manolo Villar no tarda en hacerle la corte.

Le pongo estas líneas sabiendo que todas las noches pasa Vd. por su despacho. La actitud de su esposa me ha herido profundamente... me ha provocado, sea! Mañana a las cuatro me hallará en su pabellón de caza del Pinar.

Hasta ese momento, que nadie nos vea juntos.

Soledad Mir, de Rogel.

—Miserable! exclama ella volviendo a dejar la carta en su sitio. Medita un instante y una llama intensa ilumina de repente su mirada. Tiene un plan de venganza.

Escribe, desfigurando la letra:

Ha de ser interesante para el Sr. Rogel saber que su mujer tiene culpables entrevistas en el pabellón del Pinar, por la tarde hacia las cuatro y media.

L. Gaumont

Luego pone la misiva bajo sobre y dirige éste al Sr. Rogel.

Al día siguiente un criado entrega a aquel el anónimo omensaje. Lo lee, enrojece de furor y lo estruja entre sus dedos. —Es imposible! murmura. Ella traicionarme en este país perdido? Y con quién?... Consulta el reloj. Son las tres. Todavía puedo sorprender a los culpables, si dice verdad el anónimo. Quiere intentar no obstante una última prueba. Llama a su criado y le pregunta por su esposa. —Ha salido, le responde aquel.

Rogel siente en el corazón doloroso choque. Y si fuera verdad? Resuelto a salir de esta duda que le tortura atrocemente, ensilla su caballo, se mete en el bolsillo un revólver y se dispone a partir.

Juana vé estos preparativos, inquieta. Le pregunta, con la voz velada por la emoción a donde vá. El, como si adivinase su secreta preocupación, saca el revólver del bolsillo y se lo enseña diciendo con una risita sardónica: —Voy a sorprender caza en el Pabellón del Pinar...

Y picando espuelas se aleja a rienda suelta.

Juana empieza a lamentar su arrebató. —Va a matar— piensa loca de dolor. —Lo veo en sus ojos.. Qué locura he cometido, virgen santa?

No puede reprimir su impaciencia y dando una órden breve a su chauffeur se hace conducir en automóvil, a toda velocidad, hacia el pabellón de caza.

A éste llega, primero, Soledad. Ha reflexionado y apreciado la profundidad del abismo hacia el cual corre, ciega! Se sienta a una mesa de pino que con algunos taburetes constituye el único menaje de la habitación y escribe:

Querido amigo:

Al entrar aquí, abarqué en un instante toda la extensión de la falta que iba a cometer...

Quedemos lo que no hemos cesado de ser nunca: dos buenos amigos...

Qué tremendo crimen sería el arruinar la dicha de su esposa amante y de mi marido, tan leal, tan bueno...!

A veces, bajo el imperio de la cólera, créese uno más malo de lo que en realidad es. Pero cuando llega el momento de obrar mal, todo lo que en nosotros hay de honradez y de rectitud se subleva... y uno retrocede.. Esta noche hallaré un pretexto cualquiera para irnos de aquí.

Es Vd. menos culpable que yo. Me mostré con Vd. harto coqueta... olvídelo y perdóneme.

Soledad.

Acaba de firmar la carta, cuando llega a la cita Manolo Villar. Se acerca a ella, intenta abrazarla y cubre de besos su mano. Ella se defiende, quiere levantarse, cuando el ruido de un automóvil que se detiene ante el

L. Caumont

pabellón los paraliza y llena de terror. Juana entra, sofocada. Dirijese a su rival, con la mirada llameante de indignación.

—Su marido lo sabe todo... Lo he visto salir a caballo hace poco. Si le encuentra aquí es capaz de matarla... Huya!

Para salvar a su marido no vacila en salvar a su odiada rival! Pero su tentativa es inútil. Oyese afuera el galope de un caballo. Es Rogel que llega a brida suelta, después de una carrera frenética a través del bosque.



Juana hace esconder apresuradamente a su rival en un cuarto inmediato.

Rogel hace en este momento su aparición. Cohibido primero al ver ante él a los esposos Villar, no tarda en sospechar la verdad. —Mi mujer está aquí! dice, colérico: —Lo sé. En vano la mujer de Villar corre a ponerse ante la puerta, tras la cual se esconde su rival. Rogel, exasperado, brusco, la aparta a un lado y entra en el cuarto.

Vuelve a donde están los esposos Villar llevando cojida por un brazo a su mujer que baja la cabeza como una culpable. Los dos hombres se miden con la mirada, retadores, prontos a abalanzarse uno al otro. Pero Soledad se interpone entre ellos, recoge de lá mesa la carta que poco antes escribiera y la tiende a su marido. Su lectura hace en éste el efecto de un calmante. Dirije una mirada larga de admiración a la mujer de su amigo que de tal modo se ha abnegado, y se retira del pabellón con su mujer.

Y Manolo Villar, arrepentido, espera humilde de su valiente compañera un movimiento de perdón y de olvido...



Como se fabrica el calzado

Vistas tomadas en la Fábrica de Calzado
Raoul, en Paris



Documentaria

La industria del calzado ha quedado estacionaria durante muchos siglos. Pero como quiera que en los primeros años del siglo XIX los progresos de la ciencia, por un lado y por el otro el aumento creciente del consumo, han transformado todas las industrias, la del calzado no se libró de la ley común, y sus progresos desde dicha época han sido rapidísimos.

Aunque utilizando instrumentos de trabajo no creados para su industria, tales como sacabocados, cortadores y máquinas de coser, ha imaginado no obstante ingeniosos perfeccionamientos gracias a los cuales es facilísima la confección de un par de zapatos.

Vamos a poder juzgarlo por nuestros propios ojos, en nuestra visita a la importante Fábrica de Calzado Raoul, establecida en París.

Pero antes véase la constitución de una bota ordinaria.

La caña o empeine forma el cuerpo de la bota: tiene ojales, ojetes y corchetes. Forrada generalmente por la parte interior, tiene por la del talón, un contrafuerte de cuero o cartón destinado a mantener bien el pie.

La parte inferior de la bota comprende: una suela interior no visible o «primera», una tira estrecha llamada «vira» o refuerzo que une la primera y segunda suela, a una suela visible o «segunda» y un «tacón».

La costura, aplicación o colocación de estas diferentes piezas constituyen en la fabricación del calzado otras tantas operaciones que se efectúan mecánicamente.

La primera operación es el recortamiento de suelas, en cuero fuerte, y sobre patronos variados.

Luego el recortamiento de cañas, también sobre patronos especiales.

La costura de las cañas se hace rapidísimamente: los botones, ojetes, y corchetes son colocados mecánicamente.

De allí el zapato o bota pasa al montaje, o sea la acción de tender el empeine sobre una horma apropiada y de fijar en él la primera suela: luego viene la costura del refuerzo o tira estrecha de cuero, que se hace a máquina. El hilo empleado se impregna automáticamente de pez durante la costura, pasando por una caja llena de pez mantenida líquida con un mechero de gas.

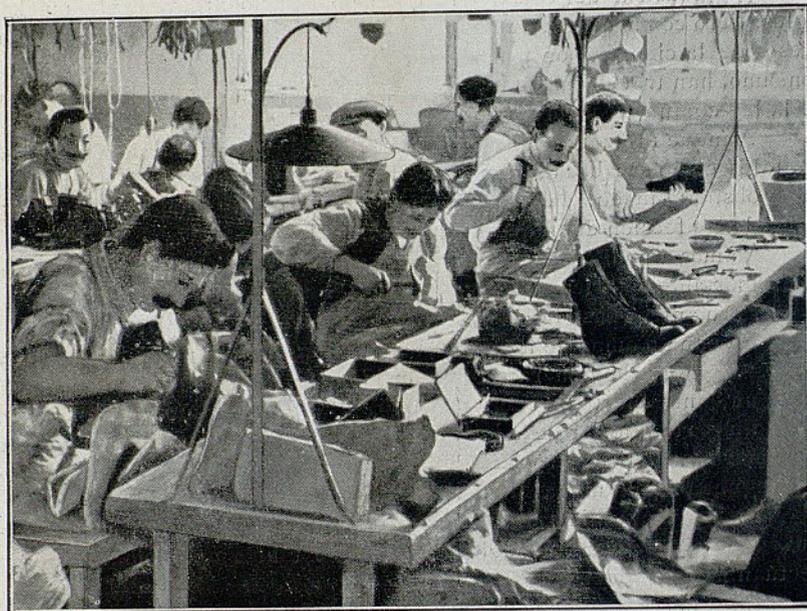
El espacio vacío formado por la «vira» entre la primera y segunda suela se llena de una substancia impermeable.

Cuando el «relleno» se ha secado, la bota pasa por una máquina que aplica la segunda suela.

L. Gaumont

Todo está dispuesto ahora para el trabajo de la máquina de picar la suela, que no solamente ejecuta rápidamente sólida costura, sino que retira al mismo tiempo, a lo largo del pespunte, una minúscula tira de cuero, para dar una apariencia regular y limpia.

Por último la colocación del tacón se ejecuta por medio de máquinas bastante sencillas, análogas a martillos-pilones.



Antes de ser entregada al consumidor, la bota debe pasar antes por una operación última de acabado.

Con planchados, frotamientos y lustres se da a la caña la fréscura más o menos perdida durante las múltiples operaciones que acaban de ser descritas. Las suelas son por otra parte teñidas de negro y lustradas.

Quítase entonces solamente la bota de la horma, para ser puesta en venta.

Este film, que nos hace conocer una de las industrias mas importantes en la época actual tiene fotografías excelentes y presenta un interés documentario de primer orden.

La Información Cinematográfica

Gaumont

en Oriente

LISTA DE LOS TÍTULOS Y SUB-TÍTULOS DE LA PELÍCULA N.º 4142

LA GUERRA EN LOS BALKANES VENCEDORES Y VENCIDOS

1. SOFIA, el Colegio de Francia transformado en Hospital de Sangre por la Cruz Roja Francesa.
2. En los Hospitales Serbios, las damas de la alta sociedad distribuyen golosinas entre los heridos.
3. Numerosas familias esperan la lista oficial de muertos y heridos y las últimas noticias de los campos de batalla.
4. Cancillería del Estado Mayor Serbio en Nisch.
5. Los cow-boys búlgaros, de regreso de América, van a alistarse para combatir contra los Turcos.
6. Espía, antes de ser interrogado.
7. LA VIDA DE LOS PRISIONEROS, como tratan a los prisioneros Turcos, los Búlgaros y Serbios.
8. Los Arnautas, pueblo muy salvaje, después de recibir de los Serbios 15.000 carabinas para combatir contra los Turcos, han traicionado a los que les habían armado.
9. Los prisioneros Turcos, escoltados por los reservistas Serbios, salen por la puerta de la fortaleza de Nisch.
10. Acábase de condenar a muerte a una vieja espía Arnauta, que mató a varios soldados Serbios por medio de una bomba.
11. Los enfermeros asisten a los últimos momentos de un viejo prisionero turco, herido en el campo de batalla.
12. Los prisioneros Turcos son llevados a la cantina, en donde se les distribuyen víveres.
13. Los prisioneros turcos a cuclillas, impasibles, comen del rancho común.

L. Caumont

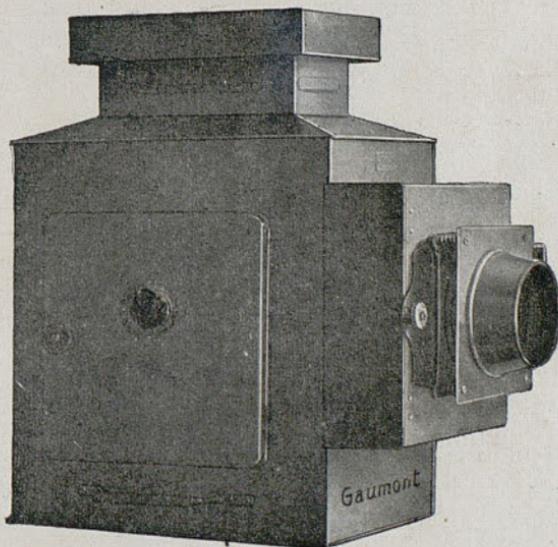
14. DOS HÉROES, Nisch. Un oficial Turco que se ha batido como un león antes de ser hecho prisionero.
15. SOFÍA, un sargento búlgaro, de la reserva, que con solo veinte hombres ha capturado toda una compañía enemiga.
16. EN TURQUIA.
17. Refugiados que han abandonado patria y hogares emprenden el camino de Constantinopla.
18. Un tren de refugiados descarrila cerca de la estación de Seidler.
19. La artillería Turca se dirige al frente de las tropas.
20. DESPUÉS DE LA GRAN BATALLA DE LULE-BURJAS.
21. Los restos del 4.º Cuerpo de Ejército en retirada, sobre el puente de TCHORLU.
22. La caballería y la artillería desorientadas se batan igualmente en retirada.





Linterna alargada

GAUMONT



Para mesa de madera ó metálica
con corredera



MINUTIYO



Reducción en colores del
cartel de 1'50x1'00 m.